

el que con su petulancia nos arrastra a las más horribles guerras; él, el que con su ignorancia bruta nos trae los gérmenes morbosos de las epidemias.

Habida cuenta de que no solo es analfabeto el que no sabe leer, sino también todo aquel que aborrece la lectura o si al hacerla no sabe lo que lee; sacaremos en consecuencia cuan aplastante es el número de inconscientes ante el mundo civilizado.

¿No es triste y lamentable que contemos por millones a estos seres en pleno siglo XX?

Y al hablar de esto necesariamente debemos advertir la parte tan grandiosa que España tiene en esa lamentabilidad. España marcha a la cabeza del analfabetismo (contamos por término medio un 60 por ciento) ¿Qué importa que tengamos millones de cerebros esclarecidos, si en cambio el

resto arrastra un atraso exhorvitante? ¿Que puede la magna tarea de esos sabios, ante la inercia y el salvajismo de tantos millones de semobientes?

¡Por ellos, España camina empobrecida, vituperada y mohina, y así seguirá mientras tanto el gobierno se mantenga impasible respecto a la enseñanza primaria, que es la base sólida y fundamentada de la educación escolar, por la que el niño puede llegar mañana a ser un ilustre sabio español!

Si el gobierno se preocupase de la enseñanza con la amplitud que merece, y encaminara las escuelas españolas por otros derroteros, muy pronto veríamos desaparecer, alegrándonos, este aplastante núcleo de analfabetos que para nada sirven y para mucho estorban.

Nevado SENDARRUBIAS.

Quejas atendibles

Es crónico el mal pero tiene cura.

Nos referimos al estado en que se encuentra la Plaza de la Reina María Cristina. Por su tránsito, por ser casi la entrada a la población y sobre todo por el nombre que lleva, debe ponerse remedio al polvo en este tiempo y al fango en invierno, y puestos a hacer obras de pavimentación en las cercanías de ella, ¿no podrían ampliarse estas?

Tenga en cuenta nuestro municipio, que el vecindario que es el que sufre, transita por esta plaza más que por otro sitio, y además de agradecersele aquel, daría al jardín una entrada digna de este.

Puesto que la primera autoridad, tiene técnicos que le asesoren, procure se den un paseo por el jardín y vean el lamentable estado en que se encuentra la instalación eléctrica, que, además de carecer de estética y originalidad, constituye un peligro para los paseantes y ponga remedio a esto, antes que necesitemos los cuidados del doctor.

Así mismo, no sobraría un banco más de cemento en la fuente central, que lo agradecerían la estética y el ciudadano, pues uno más para sentarse.

Este número ha sido censurado

Añoranza

La tarde decaía... Era una tarde en el apogeo máximo de la Estación primavera, época en donde todo es plétorico y bello, donde las horas pasan fugaces como el relámpago, al extasiarse contemplando el panorama que nos ofrece la madre Naturaleza. El Sol procedía a su ocaso, dejando que la claridad agonizante del crepúsculo vespertino, se recrease en su trono y luciera sus galas de plata, lanzando los postreros rayos del día a la alfombra de exuberante verdor de los campos.

Bajo el palio de cimbreantes enredaderas aureolado por los dulces trinos de jilgueros y ruiseñores que, con grandes alharacas desbordaban a torrentes sus alegrías; aromatizado el ambiente por el tibio perfume de los campos; por el nívio y cizatrante de las flores de una muy cercana quinta de recreo, había yo elegido mi rincón poético, en el que por espacio de varios días estaba gozando de las múltiples maravillas que atesora la dadivosa Naturaleza.

Leía entusiasmado algunas composiciones de Bécquer, mi poeta idolatrado, cuando un aroma exquisito, poco a poco fué impregnando mi alma de un néctar delicioso, hasta narcotizar mi cuerpo. Al despertar del dulce letargo en que por varios momentos estuve sumido, desvié la retina de mi vista del rectángulo de mi obsesión y con avidez busqué el recinto cobijador de tan codiciada flor; pero cuantos esfuerzos hice para descubrir tan sagrada mansión fueron estériles. El perfume era de una rosa de amor.

Regresé al mismo sitio y traté de continuar mi lectura, más, inútil intento, mi cerebro no quedaba como antes atento y juviloso ante las múltiples celosías de las poesías divinas, que tanto fortifica el corazón de los enamorados, que tanto abrigo dá al espíritu decaído del fracasado que paladea el acíbar del amor. Mi cerebro estaba poseído de nueva ilusión.

Abandoné aquel rincón florido, vergel de horas felices, y me interné en lo más espeso del follaje. Algunos metros hube andado, cuando un vientecillo suave, filtrándose por el denso ramaje, azotó mi rostro, esparciendo por la vasta campiña el mismo perfume que momentos antes me dejó ebrio y estático, aún más embriagador. Avancé hacia la llanura donde sin duda debía hallarse la reina flor, cuyo, fragante perfume jamás igualó el exhalante de las magnolias, crisantemos, alhelíes, jacintos, tulipanes, madre selvas y ninguna otra flor.

En un banco cobijado por la sombra de un frondoso almendro, descansaba la silueta grácil y agarena de una mujer; es decir, en una maceta moraba la flor.

Era una muchachita de unos diez y ocho años, con cuerpo de estatua griega. Tenía una deliciosa carita de Virgen de Murillo, admirablemente adornada por una diadema de cabellos rubios y sedosos; sus ojos grandes y negros como la noche lóbrega que hacía, desprendían un brillo misterioso y refulgente, más potente que la luz de los grandes faros que iluminan las costas. Su nariz era chiquita y bellamente proporcionada, y su boca fresca como los rocíos nocturnos, tenía un color rojo como la sangre de sus venas, semejante a un diminuto clavel yacente sobre un lecho de zafiros y esmeraldas.

Me aproximé donde estaba ella, y fué tal el éxtasis admirativo que sentí, que a duras penas pude pronunciar las buenas noches, a las que ella contestó con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

Me fuí alejando de ella... Mi alma vagaba sin bagaje, cual navío que tras horribles borrascas rompe el timón y queda sin mando, hasta que como un autómata llegó al espacioso caserón donde me albergaba.

Aquella noche fué la más feliz de mi vida. Soñé... Sentí junto a mí a aquella muñequita de carne, frágil como una efigie de cristal, palpitante y perfumada como fruto en flor, cuyos labios fuertemente asidos a los míos me juraban eterno amor, emanando un bálsamo bienhechor, endulzando mi existencia y cicatrizando las heridas de mi corazón desgarrado por el zarpazo del dolor. Soñé que nuestras almas enlazadas por el lazo del amor, más fuerte que la muerte, marchaban en

vertiginosa carrera hacia lo desconocido en busca de refugio donde poder gozar de las inefables dichas que encierra el amor.

A la mañana siguiente, cuando desperté a la triste realidad, una fiebre de deseo hasta entonces no sentida, se fué apoderando de mí, y como loco salí de mi estancia, encaminándome a la quinta donde sin duda daba hospedaje a tan alta jerarquía.

¿La amaba? No lo sabía, pues desconocía lo que era amor. Pero si me daba perfecta cuenta de que sufría, que una angustia horrible oprimía mi pecho y atenazaba mi garganta y... la única causa de este sufrimiento era ella... la mujer que solo con mirarme había hecho de mí su vasallo... ella, la única que podía suministrarme el lenitivo calmante de mi sed.

Horas... muchas horas, permanecí oculto tras un fornido olivo situado a poca distancia de la casa de la finca, esperando la aparición de la estrella luminosa que con sus destellos iluminara mi vida, y apagara la candente hoguera de la olnata que iba reduciendo a cenizas mi corazón.

Ya me disponía a marchar, perdida toda la esperanza de encontrarla, cuando en el umbral de la puerta apareció aquel tesoro de juventud, de ingenuidad y de belleza, que, con paso firme, el cuerpo erguido como soberbia palmera, y la frente altiva y desafiada, marchaba hacia el banco donde la conocí, llevando en sus nacaradas manos un cojín de terciopelo negro.

Como un niño que persigue a una mariposa, deslumbrado por los diversos colores de sus afelpadas alas, la fuí siguiendo sin apartar mis ojos de aquellas esculturales formas que, el vestido escotado y transparente, tejido con finísima seda, dejaba entrever.

Al confrontar nuestros cuerpos, las miradas se unieron en un largo y profundo silencio, como queriendo descubrir lo que nuestras bocas mudas no pudieron articular. Pasado los momentos de embarazosa zozobra, inicié la conversación con palabras vanales e insulsas. Mi característica locuacidad la había perdido.

¿Qué talismán misterioso retenía mis florilegios oratorios? ¿Acaso fuese el amor? Sí... estaba enamorado. El amor en su principio es mudo... luego poesía... más tarde goce... placer... desilusión... hastío... ocaso.

La elocuente mirada de sus hermosísimos ojos, fija en mí, me hizo comprender... Su corazón palpitaba dulcemente de emoción...

Mis labios dejaron brotar estas palabras:

¡Te amo!

¡Te quiero!

Sus ojos se cerraron en un éxtasis de felicidad... Fué su respuesta.

Mis brazos, estrecharon su delicado talle... Suavemente deposité mis labios en los suyos, sellando con un beso nuestras bocas.

Muchos días cubiertos por el manto celeste del amor, fuimos felices, saturadas nuestras almas por la dulce brisa de silvestres aromas, cantando himnos a la vida...

Aquella tarde como de costumbre ella me esperaba. La encontré triste y llorosa, sacó el pañuelo y se lo llevó a la boca queriendo acallar los sollozos que a raudales salían de su pecho.

¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Se enjugó las lágrimas y con acento cálido me contó el motivo de su sufrimiento. Una enorme barrera se interponía en nuestro camino cubierto de dulces quimeras. La situación precaria de su padre le obligaba a casarse con un hombre a quien no amaba... Ella, por no verle en la pendiente del suicidio, gustosa se arrojó al abismo.

Sentí rota la única ilusión de mi vida. Caí de bruces junto a ella, y como el día que nos juramos amor, fundimos en un abrazo nuestros cuerpos y un beso hondo rompió un eslabón de la cadena que tan fuertemente nos aprisionaba... Me alejé para siempre de ella, llevando como recuerdo el pañuelo donde se enjugó las lágrimas... Lágrimas de niño que ve destruir sus juguetes, lágrimas de desencanto, lágrimas de amargo dolor. Las fuerzas de nuestras pasiones eran paralelas; por mucho que lo quisiéramos jamás se encontrarían.

Efrén Simarro.